



Y Jesús dijo...

EPISODIO 32 – LA IMPORTANCIA DE LA RECONCILIACIÓN

Continuamos con nuestro estudio del Sermón del Monte. Jesucristo continúa con seis enseñanzas con las que establece un contraste entre lo que el pueblo había escuchado de sus maestros religiosos y lo que realmente enseñaba la Palabra de Dios.

En el episodio anterior estudiamos la primera de estas enseñanzas, relacionada con la ira, el enojo y el odio que podemos llegar a guardar en nuestro corazón. Vimos cómo un sentimiento de enojo, cuando no es tratado correctamente delante de Dios, puede ir creciendo poco a poco. Comienza en el interior, luego se manifiesta en nuestras palabras y podemos terminar hablando mal de la persona que nos ofendió, buscando lastimarla, humillarla o incluso dañar su reputación. Pero el problema puede llegar todavía más lejos. Cuando el resentimiento se convierte en odio, una persona puede comenzar a maldecir a su ofensor, desearle que le vaya mal y, en casos extremos, llegar incluso a desear su muerte.

Nada de esto agrada al Señor, por grande que haya sido la ofensa que hayamos recibido. Esto no significa que debamos ignorar el daño, justificar la injusticia o permitir que alguien continúe haciéndonos mal. Significa que, como seguidores de Cristo, estamos llamados a perdonar, a entregar nuestra herida al Señor y a renunciar al deseo de venganza.

Recordemos que la ley del talión que enseñaba ojo por ojo y diente por diente, no está vigente y menos en nosotros que busquemos agradar e imitar a Jesucristo.

Continuemos estudiando la segunda parte de esta enseñanza, para descubrir qué más espera Dios de nosotros en nuestra relación con los demás, vayamos a **Mateo 5: 23-26** **“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.”**

Si nos has acompañado en los diferentes estudios, recordarás que una de las cosas que Jesús confrontó con mayor firmeza en los escribas y fariseos fue la hipocresía. Ellos ofrecían sacrificios, presentaban ofrendas, hacían oraciones y cumplían externamente con muchas prácticas religiosas; sin embargo, Dios conocía perfectamente lo que había en sus corazones. Por Su omnisciencia, sabía que, detrás de aquella apariencia religiosa, había corazones que muchas veces estaban lejos de Él.

Es por esta razón que, en el versículo 23, Jesús introduce un tema que los judíos conocían muy bien: se trata de la **reconciliación**. Ellos entendían que, cuando habían pecado contra Dios, debían acercarse al templo y presentar una ofrenda. Traían un animal que era entregado al sacerdote para ser sacrificado en su lugar, para tratar con el pecado y buscar Su perdón. De esta manera, reconocían que necesitaban restaurar su relación con Dios.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Pero había algo que muchos estaban pasando por alto: también era necesario buscar la reconciliación con las personas a quienes habían ofendido o con quienes tenían algún conflicto. Por eso Jesús les dice: **“si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”**

Si tenemos un conflicto que todavía no hemos resuelto, la enseñanza de Jesús es clara: debemos buscar la reconciliación con nuestro hermano, independientemente de quién haya tenido la culpa. Si la otra persona fue quien nos ofendió, estamos llamados a perdonar. Si fuimos nosotros quienes hicimos el daño, debemos tener la humildad de acercarnos al ofendido, reconocer nuestro error, pedir perdón y procurar resolver el conflicto lo antes posible.

Ahora bien, hay algo que debemos aclarar. Algunas personas, al leer este pasaje, pueden pensar: “Como tengo un problema con alguien, como estoy enojado o incluso guardo resentimiento en mi corazón, entonces es mejor que no vuelva a la iglesia o que deje de participar en la Santa Cena hasta que todo se solucione”. Pero ese no es el camino que Jesús nos está mostrando. La respuesta al conflicto no es alejarnos de Dios ni de Su pueblo, sino acercarnos más al Señor y permitir que Él transforme nuestro corazón para buscar la reconciliación. Dejar de congregarnos no resolverá el problema. Al contrario, estaríamos dejando de obedecer otro mandato de Dios. **Hebreos 10:25** nos exhorta a no dejar de congregarnos, sino a permanecer unidos como pueblo de Dios. Por eso, si hoy existe un conflicto en tu vida, no huyas de la presencia del Señor. Ora, pídele a Dios que examine tu corazón y te de el valor de buscar la reconciliación. Si tienes que pedir perdón, hazlo; si necesitas perdonar, hazlo; y si la reconciliación no depende únicamente de ti, haz tu parte delante de Dios y busca vivir en paz en cuanto dependa de ti.

Recordemos que hoy nosotros no traemos al altar animales para ofrecerlos en sacrificio por nuestros pecados. Como nos enseña **Romanos 12:1**, somos nosotros mismos quienes debemos presentar nuestros cuerpos a Dios como sacrificio vivo, santo y agradable a Él.

Y quiero llevarte a una reflexión muy personal: ¿cómo estás llegando delante de Dios? ¿Qué clase de ofrenda le estás presentando? Debemos entender que a Dios no solamente le ofrecemos nuestros diezmos y nuestras ofrendas. También le ofrecemos nuestro servicio, nuestra adoración, nuestra alabanza, nuestras oraciones y, en realidad, toda nuestra vida. Pero ¿qué sucede cuando llegamos delante del Señor con el corazón lleno de enojo, resentimiento o contienda? ¿Qué sucede cuando venimos a la congregación después de haber tenido una fuerte discusión con nuestro cónyuge, con nuestros hijos o con alguna otra persona, y decidimos guardar ese enojo en nuestro corazón? Jesús nos está enseñando que no podemos separar nuestra adoración a Dios de la manera en que tratamos a los demás.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Busquemos estar en paz con los demás y presentemos al Señor una vida que realmente le agrade. Como dice **1 Timoteo 2:8**, levantemos nuestras manos en oración “sin ira ni contienda”.

Para entender el versículo 25 y el 26, debemos saber primero que la ley romana determinaba que el demandante podía llevar al acusado ante el juez; sin embargo, estos dos podían solucionar el asunto en discordia mientras iban de camino, pero si llegaban al tribunal y no habían resuelto sus diferencias, ya no había más oportunidad y el acusado tendría que ir al tribunal y enfrentar el juicio; si es culpable que era lo más seguro, el juez lo entregaba al alguacil y éste lo llevaba a la cárcel, y no podía salir de allí hasta pagar toda su deuda. La idea es sencilla: mientras todavía hay oportunidad de resolver el conflicto, es mejor buscar un acuerdo y reconciliarse antes de que el asunto llegue a una instancia en la que las consecuencias sean mucho más graves.

Así como en los versículos anteriores nos mostró que el homicidio comienza en el corazón con la ira y el desprecio, ahora nos enseña que, cuando existe un conflicto, debemos actuar con prontitud y buscar la reconciliación. Hay momentos en los que pensamos: “Después hablaré con esa persona”, “ya se le pasará”, “no tengo por qué pedir perdón”, “que sea él quien dé el primer paso”. Pero Jesús nos llama a no postergar innecesariamente la reconciliación.

Es mejor no permitir que en nuestro corazón se desarrolle un espíritu contencioso, que nos lleve a justificar nuestras acciones, negarnos a reconocer nuestros errores o resistirnos a arrepentirnos de nuestro pecado. Por el contrario, pidámosle al Señor que transforme nuestro corazón, que sane nuestras heridas y que produzca en nosotros amor, paz y gozo. Pero, sobre todo, pidámosle que nos dé un corazón dispuesto a perdonar y a obedecerle. Porque, en definitiva, esta es la manera en que verdaderamente agradamos a Dios y demostramos que le amamos. No se trata solamente de hacer cosas para Él, sino de permitir que Su Palabra transforme nuestra manera de pensar, de hablar y de relacionarnos con los demás.

Recordemos lo que dice (**I Samuel 15:22**) “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.”

Por eso, hoy preguntémonos delante de Dios: ¿hay alguien a quien necesito perdonar? ¿Hay alguien a quien debo pedirle perdón? ¿Hay algún conflicto que he estado postergando? Pidámosle al Señor la humildad para reconocer nuestros errores, el amor para perdonar y la obediencia para hacer lo que Él nos manda. Porque obedecer a Dios vale más que cualquier sacrificio externo, y un corazón transformado es una de las evidencias más hermosas de nuestro amor por Él.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Hemos llegado al final de este episodio, Te doy las gracias por escucharnos. Si este mensaje fue de edificación y quieres apoyarnos, compártelo con tus amigos y familiares. Visita nuestro canal de YouTube y déjanos tus comentarios. La bendición del Padre del Hijo y del Espíritu Santo esté con cada uno de ustedes y con sus hermosas familias, hasta una próxima oportunidad. Recuerda: ¡Si Dios está contigo... es suficiente! Bendiciones.

Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**